

ban á ponerlas fuego; pero sufrían terrible daño para conseguirlo (1).

La lucha se hizo muy reñida en aquel sitio. Era uno de los preparados con anticipación por los aztecas, para atraer á sus contrarios. Tenían cuerpos de ejército que remudaban cada hora, para entrar descansados y con mayor brio, mientras Cortés y su gente se veían precisados á combatir todo el día, sedientos y sin descanso. En vano los españoles hacían esfuerzos heroicos para desalojar á sus contrarios de los puntos en que estaban situados. La caballería no podía obrar, y la infantería se encontraba con un ancho y profundo canal que impedía acercarse á los edificios, de donde disparaban sin cesar una lluvia de flechas y de piedras.

Si alguna vez parecían ceder y se retiraban un poco, era para cargar, con mas furia, con nuevos y numerosos escuadrones de refresco, que parecían brotados de la tierra.

En vano luchaban con noble ardimiento y extraordinaria constancia las tropas castellanas. Era imposible destruir el inmenso océano de guerreros que invadía las calles, los edificios y los canales, aun cuando «cada espa-

(1) «Pues apartarnos á quemar ni deshacer ninguna casa, era por demás: porque, como he dicho, están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza; pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuteas tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponerse en ello. Y demás desto, en algunas casas que les poníamos fuego tardaba una casa á se quemar todo un día entero, y no podía pegar fuego de una casa á otra, lo uno por estar apartadas la una de la otra, el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas; así que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aquello.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

ñol, como dice el bravo Bernal Diaz, hubiera sido un Héctor ó un Roldan» (1).

La noche se acercaba, y Cortés, después de haber combatido todo el día con buen éxito, aunque con pérdida de doce soldados muertos y muchísimos heridos, emprendió la retirada hácia los cuarteles, para dar descanso á su tropa. Los mejicanos cargaron entonces por todas partes, para acosarle en su marcha. En cada boca calle se presentaban numerosos escuadrones arrojando sobre los flancos sus certeras flechas. Los soldados de caballería, que iban abriendo paso por entre la multitud que cerraba el paso, se lanzaban por las calles laterales, trabando reñidos combates con los que por ellas se acercaban.

Uno de los jinetes, llevado de su arrojo, penetró solo en una calle, en persecución de un grupo de guerreros aztecas. Era Andrés de Duero, antiguo secretario de Velazquez y amigo de Hernán Cortés. Los mejicanos, al verle separado de sus compañeros, se detuvieron á esperarle. En el mismo momento salieron de las casas y del canal que orillaba la calle, multitud de combatientes que lanzaron sobre él una granizada de flechas y de piedras. Andrés de Duero trató entonces de retroceder; pero el caballo tropezó con las vigas de un puente y cayó al suelo. El jinete se puso en pié inme-

(1) «Y peleábamos muy bien; mas si ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieren allí diez mil Hectores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar; porque sabello ahora yo aquí decir como pasó, y vimos este tesón en el pelear, digo que no lo sé escribir.» (Bernal Diaz. Hist. de la Conq.) «E á nosotros convenia pelear todo el día, y ellos peleaban por horas, que se remudaban y aun les sobraba gente.» Segunda Carta de Cortés á Carlos V.



diatamente, defendiéndose con su espada de los que le acometían. Hernán Cortés, que se retiraba por la calle próxima, llegó á verle en aquel momento. Animado del noble afecto de la amistad y del deseo de favorecer á un compañero, se dirigió, dando el grito de Santiago, á donde se hallaba, derribando con su lanza y su caballo á unos y dispersando á otros. Andrés de Duero montó entonces en su caballo, que se había levantado, y ambos amigos, arrojando las espuelas á sus bridones se abrieron paso por en medio de los escuadrones contrarios, y se reunieron á las tropas que se retiraban hácia los cuarteles, combatiendo. No eran extraños entre los españoles esos rasgos de generoso valor, en que exponían gustosos la vida por salvar la de un compañero. Por indigno caballero hubiera pasado el que no hubiese volado al socorro de otro que se encontrase rodeado de enemigos. Casi todos los capitanes que combatían bajo las banderas de Cortés, contaban con algún hecho de esa naturaleza; y el mismo caudillo español debió dos veces la vida, como veremos mas tarde, al auxilio personal del jóven y esforzado caballero Cristóbal de Olea.

Sosteniendo una reñida y constante lucha, llegó la tropa española á sus cuarteles, fatigada y cubierta de heridas.

Aunque los hechos de armas de aquel día fueron favorables al general castellano, podían considerarse como infructuosos, puesto que no producían el resultado de hacer desistir al enemigo de nuevos combates. Los aztecas podían reponer sus pérdidas inmediatamente, por numerosas que fuesen. Hernán Cortés no podía cubrir sus bajas, y cada soldado que perdía menguaba su

ejército. Conocía el tesón de los mejicanos, y sabía que se aprovecharían de las ventajas que les proporcionaba la ciudad para el combate, sin ceder, en nada, mientras la tuvieran. Llevaba perdida mucha gente y nada había alcanzado. Veía que el mayor daño lo recibía de las azoteas, y meditó la manera de evitarlo en otras salidas.

Había cesado el ruido de las armas desde las primeras horas de la noche. Los aztecas, siguiendo su costumbre de no atacar despues de puesto el sol, descansaban para emprender nuevas operaciones al siguiente día, contentándose con arrojar, de vez en cuando, algunas flechas sobre los cuarteles, y dejando escapar algunos alaridos, anunciando que estaban dispuestos.

Mientras los mejicanos se entregaban al reposo, los soldados españoles trabajaban sin descanso en los patios del alojamiento. Para evitar el daño que los guerreros colocados en las azoteas causaban en la tropa castellana, mandó Hernán Cortés hacer, con gruesos tablones, tres máquinas de guerra, cubiertas de un techo sólido de madera, con ruedas para facilitar el movimiento, y con ventanas para poder disparar desde adentro los arcabuces y las ballestas. En cada una de las máquinas cabían veinte hombres, y debían ir en ellos escopeteros y ballesteros, acompañados de otros que llevasen picos, azadones y varas de hierro, para derribar los parapetos y horadar las casas.

Brilló la luz del nuevo día y los españoles siguieron trabajando en la construcción de sus tres máquinas sin intentar ninguna salida. El príncipe azteca Cuitlahua, cuyo ardor guerrero formaba contraste con el blando y suave de su hermano Moctezuma, disponía sus escua-



drones para un asalto general á los cuarteles castellanos. Activo y valiente, se le veía en los puntos mas comprometidos, dictando á sus capitanes las órdenes que juzgaba eficaces para alcanzar el triunfo.

El emperador azteca, triste por los estragos que sufría la hermosa capital, subió á una de las torres de la parte del palacio que habitaba, y dirigió la vista hacia los puntos ocupados por las fuerzas mejicanas. No habia un solo palmo de terreno sin soldados. Las calles, las plazas, las azoteas, las calzadas y la campiña se encontraban literalmente cubiertas de guerreros aztecas. Las canoas que cruzaban la laguna y los anchos canales de la ciudad, eran otros tantos cuerpos volantes, dispuestos á acudir al sitio necesario.

De repente se detuvo la vista de Moctezuma en un punto en que tremolaba el estandarte del imperio. Era una plazuela donde se encontraban varios escuadrones armados de lanzas, dardos y macanas. Al frente de ellos y dando órdenes á sus capitanes se hallaba un arrogante general, cubierto de una rica armadura de láminas de oro y luciendo un magnífico penacho de preciosas plumas. Era Cuiclahua, el hermano del emperador azteca. Moctezuma sintió asaltado su ánimo por dos ideas tristes y alarmantes. Su hermano, combatiendo por la libertad de la patria, podia ser elegido rey, por el pueblo, en premio de sus servicios, quedando él despreciado y sin corona. Esta era una de ellas. La otra tenia su origen en la consideracion de la ruina de la ciudad, cuyos edificios veía derribados en unas partes y entregados á las llamas en otras.

Mientras el desdichado monarca mejicano se entregaba á sus melancólicos pensamientos, su hermano Cuiclahua,

dominado por otros mas bélicos, dispuso que se combatiere la fortaleza de los españoles. Su voz fué obedecida en el instante; y centenares de escuadrones, al son de sus instrumentos de guerra y en medio de espantosos alaridos, se lanzaron por varios puntos sobre los cuarteles, para penetrar en ellos, ya que sus contrarios no daban señales de salir en aquel dia (1). Los españoles y tlaxcaltecas, preparados siempre para el combate, resistieron el choque, y despues de una obstinada lucha, en que la artillería, las ballestas y los arcabuces hicieron grandes estragos en los asaltantes, se retiraron los aztecas á sus puntos para embestir de nuevo con otros batallones. La lucha se renovaba á cada instante con igual denuedo, y los aztecas parecian resueltos á apoderarse á todo trance de la posicion. En medio del combate, dirigian terribles amenazas á sus enemigos, presagiándoles un fin verdaderamente horrible. Decian á los españoles, «que aquel dia quedarian todos hechos prisioneros, para conducirles á la piedra del sacrificio y ofrecer sus corazones al dios Huitzilopochtli.» La amenaza concluía asegurándoles «que sus brazos y sus piernas servirian de sabroso manjar en los banquetes, á la vez que sus cuerpos servirian de alimento á las fieras y á las culebras que tenian en las jaulas» (2).

(1) «Y en tanto que estos artificios se hacian, no cesaba el combate de los contrarios; en tanta manera, que como no saliamos fuera de la fortaleza, se querian ellos entrar dentro; á los cuales resistimos con arto trabajo.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «Pues lo que decian en aquel dia no habia de quedar ninguno de nosotros, y que habian de sacrificar á sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrian para hacer hartazgo y fiestas; y que los cuerpos echarian á los tigres y leones y víboras y culebras que tienen encerrados, que se harten déellos.»—Bernal Diaz.



No era mas risueño el porvenir que preparaba á los tlaxcaltecas. «Serian colocados en jaulas de madera, para que engordasen, y sacrificados en las grandes fiestas religiosas que se aproximaban» (1).

Mal debian sonar las amenazas de los mejicanos en los oidos de los sitiados. La muerte en el combate no la temian; pero debia presentárseles horrible en la piedra de los sacrificios.

Rechazados los asaltantes con grandes pérdidas en todos los ataques, siguió la lucha con menos ardor, hasta llegar la noche, en que cesó el combate, aunque no las amenazas de los sitiadores, diciéndoles que se preparasen para ser conducidos al sacrificio.

La luz de la aurora dejó ver á los batallones mejicanos dirigiéndose á la fortaleza de los sitiados. Parecian resueltos á que se realizasen las amenazas hechas. Las escenas de sangre de los anteriores dias, se repitieron en los asaltos dados con imponderable arroj. Los alrededores de los cuarteles se veian cubiertos de cadáveres aztecas, que eran retirados en cada nueva acometida que daban. Los españoles, heridos y cansados, acudian á todas partes, sin tener tiempo para descansar un instante. Cuando mas ocupados se hallaban en hacer algunos reparos en el muro, resonaron en el viento, con aterrador estrépito, los alaridos de guerra de grandes escuadrones, que se lanzaron como un torrente sobre los cuarteles. Decididos á penetrar en la fortaleza, se esforzaban en escalar el muro, donde eran

(1) «Y á los de Tlascala que con nosotros estaban les decian que les meterian en jaulas á engordar, y poco á poco harian sus sacrificios con sus cuerpos.»—Bernal Diaz.

recibidos por las espadas de los castellanos y las lanzas y flechas de los tlaxcaltecas. Sin embargo, no cedian; y si unos eran arrojados de la tapia, otros emprendian la subida, despreciando la muerte. Por fin tuvieron que ceder ante el fuego mortífero del cañon y del arcabuz, retirándose á los sitios inmediatos, de donde continuaban despidiendo millares de armas arrojadas y disponiéndose á otros ataques.

Deseando Hernan Cortés poner término á la sangrienta lucha, por medio de convenios honrosos para todos, envió un recado á Moctezuma, diciéndole que hablase al pueblo, manifestándole que la intencion de los españoles era marcharse, como habian ofrecido hacerlo. El emperador azteca oyó tristemente la pretension del jefe español. Sabia que el pueblo victoreaba á su hermano Cuitlahua, y temia haber perdido toda influencia en sus vasallos. Por eso al escuchar al enviado de Cortés, contestó con profunda amargura: «¡Qué pretende ya de mí, Malinche! Mi deseo es morir, y no volverle á hablar. El es la causa de la triste situacion en que me encuentro. Han alzado otro señor, y han resuelto que ninguno de los hombres blancos deje de perecer» (1). Pero instado por el padre Olmedo y Cristóbal de Olid, que le hicieron ver que de lo contrario sufriría mucho la ciudad, consintió en obsequiar el deseo del general castellano. Acaso le movió tambien á ello el interés particular. Si sus vasallos le obedecian, sus-

(1) «¿Qué quiere de mí ya Melinche? Que yo no deseo vivir ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído... Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida.»—Bernal Diaz: Hist. de la Conq.



pendiendo las hostilidades y los españoles se alejaban, volvería á regir, tranquilamente, los destinos de la patria, desapareciendo el temor de que la corona pasase á poder de su hermano.

Moctezuma, con el fin de que su presencia infundiese el respeto que siempre habia producido en sus vasallos, se puso las insignias y vestiduras imperiales. Pendia de sus hombros un regio manto de púrpura y blanco, adornado de piedras preciosas y de exquisitas joyas de oro; ceñia sus sienes una corona del mismo rico metal, en la forma de una mitra, en que brillaban perlas y esmeraldas artísticamente enlazadas, y sus piés iban calzados por finas sandalias de suelas de oro, sostenidas por bellos cordones del mismo metal y ricas piedras chalchihuitl, apreciadas entre los mejicanos, mas que entre nosotros los preciosos brillantes. Vestido ya con el traje de ceremonia de los reyes, acompañado por varios de sus ministros, y escoltado por doscientos españoles, subió á la azotea y se acercó al pretil para dejarse ver del pueblo. Al verle se operó un cambio completo en la multitud azteca, que reconoció inmediatamente á su soberano. A los gritos de guerra y al ruido espantoso de los instrumentos bélicos, sucedió un silencio profundo. Las flechas que iban á salir del arco, volvieron al carcaj; y los escuadrones que acometian los cuarteles, detuvieron su accion, dejando su actitud hostil por la humilde y respetuosa hácia su monarca. Todos inclinaron la cabeza, muchos se prostraron en el suelo, y no pocos hincaron la rodilla para reverenciarle.

Moctezuma sintió una grata y consoladora satisfaccion al notar el efecto que habia causado en el pueblo su pre-

sencia. Vió que aun le miraban sus vasallos con el respeto y cariño que en los dias de su mayor ventura, y se lisonjeó con la esperanza de que su voluntad sería acatada prontamente. Acariciando interiormente esta satisfactoria idea, dirigió, con clara y pausada voz, la palabra á la multitud, que, al ver que iba á hablar, se acercó todo lo que le fué posible para escucharle. «Veo á mi querido pueblo armado y combatiendo contra los extranjeros que se hallan hospedados por mí en el palacio de mi padre, del gran rey Axayacatl. Si el motivo que os ha obligado á empuñar las armas, es el de procurar mi libertad, creyéndome privado de ella por los hombres blancos, yo os lo agradezco, porque es altamente noble; pero debo advertiros que partís de un error, pues soy libre para abandonar esta morada en el instante que yo lo disponga. Si he permanecido aquí, ha sido por acatar la voluntad de los dioses, y no faltar á los deberes de la hospitalidad con los enviados de un poderoso monarca. Terminada como está ya la mision que les condujo á nuestro país, están dispuestos á volver al suyo, y se preparaban á dejar la capital, cuando se han visto detenidos por vuestra actitud hostil. Si la causa de vuestra indignacion es su permanencia en nuestra capital, dispuestos están á salir de ella; y yo os prometo, bajo mi soberana palabra, que se marcharán en el instante que os retireis á vuestros hogares. Dejad, pues, el combate: cese vuestra inquietud, y manifestadme con vuestra obediencia, el respeto y fidelidad á que tengo derecho. Los extranjeros partirán sin demora, os lo vuelvo á asegurar; y libre la ciudad de los horrores de la guerra que la están des-